

A propósito del texto sobre la decadencia de «Aufheben»

Théorie Communiste n° 15, febrero de 1999, pp. 74-79

Ni que decir tiene que, si hemos puesto manos a la obra a la considerable labor que representaba para nosotros una traducción destinada a publicar las tres partes del texto de la revista *Aufheben* sobre el objetivismo y las «teorías de la decadencia», es porque consideramos que este texto tiene un gran interés. Más allá del inventario de una masa enorme de documentación y la construcción de una historia del concepto de objetivismo, ese interés reside en el punto de vista crítico subyacente a esa historia y las perspectivas que abre para la producción teórica actual. Podemos resumir este punto de vista a partir de cuatro citas:

- «Para nosotros, el mercado o la ley del valor no son la esencia del capital; ésta es más bien la autoexpansión del valor, es decir, del trabajo alienado.»

- «La *teoría autónoma* en general, y la teoría de la crisis inducida por la lucha de clases en particular, fueron una contribución fundamental a la crítica de las categorías reificadas del marxismo objetivista. Nos permite *considerar esas categorías como “modos de existencia de la lucha de clases”* (el subrayado es nuestro). Si en ocasiones exageran y no logran ver en qué medida las categorías tienen una vida objetiva como aspectos del capital, sigue siendo necesario defender la importancia de la inversión de perspectiva.»

-«El objeto fundamental de la ley del valor no son los productos sino la clase obrera (...) su existencia al margen de ella.»

- «Marx analizó cómo el sistema de dominación de clase y la lucha de clases actúan a través de la mercancía, el trabajo asalariado etc.»

Estas formulaciones podrían muy bien ser nuestras.

Raros son los trabajos teóricos que se hayan preocupado por este problema esencial del objetivismo sin hundirse en las peores elucubraciones subjetivistas o abandonar pura y simplemente, una teoría de las clases, de su contradicción y del comunismo como superación de esta contradicción.

Sin embargo (por suerte, siempre hay «sin embargos»), tenemos una serie de observaciones críticas que formular sobre este texto, y sobre las que estamos dispuestos a debatir.

La base a partir de la cual se ordenan estas observaciones es la ausencia, a pesar de las citas anteriores, de una concepción de la implicación recíproca entre proletariado y capital como definición de su contradicción. La ausencia de esta concepción de la contradicción entre proletariado y capital como implicación recíproca, y la preferencia por el concepto de alienación, permite afirmaciones como la siguiente, que no podemos compartir en absoluto: «Para nosotros, la revolución es el retorno del sujeto a sí mismo...». Sin la producción de la contradicción entre las clases como implicación recíproca, se permanece necesariamente dentro de una perspectiva de la revolución como afirmación y triunfo del proletariado, no como su abolición mediante la abolición del capital en el curso del movimiento en el que «la defensa de sus intereses» lleva al

proletariado a considerar su definición de clase como una constricción externa. El «retorno del sujeto a sí mismo» no es la superación real de la contradicción y de sus términos, sino el simple retorno a sí del sujeto (aquí rozamos la teleología). Esa toda esta cuestión la que suscita el título mismo de la revista: «Aufheben».

A partir de ahí, leyendo el texto, a veces tendemos a comprender la superación del modo de producción capitalista como algo bastante formal. Lo que, por ejemplo, se les «reprocha» a los bolcheviques es una planificación «desde arriba». Los bolcheviques supuestamente habrían desarrollado el capitalismo debido a las formas que decidieron aplicar en el proceso de trabajo: dirección única, especialistas burgueses, taylorismo. Pero, ¿no lo «desarrollaron» más bien porque el trabajo siguió siendo trabajo asalariado? ¿Hay que deducir que el comunismo es una planificación «desde abajo»? ¿Cabe mantener en la actualidad, en la subsunción real del trabajo bajo el capital, la visión marxiana del comunismo como «sociedad de los productores asociados» (si es que este pasaje de *El Capital* sobre la mercancía trata sobre la sociedad comunista)? ¿Acaso no supone quedarse en formas de organización de la producción, cosa que el texto denuncia con una fórmula lapidaria y eficaz: «el comunismo es un contenido, la abolición del trabajo asalariado, y no una forma»?

Si la crítica de la contrarrevolución bolchevique sigue siendo formal, es porque no se la vincula al contenido de la revolución en esa fase histórica de la contradicción entre el proletariado y el capital, en el transcurso de la cual ésta no podía llevar más que al ascenso de la clase en el seno del capital y su afirmación como polo dominante de la sociedad. La contrarrevolución bolchevique se articula necesariamente, pues, con la revolución. Las Izquierdas, incluso la Izquierda germano-holandesa, no captaron jamás la verdadera naturaleza de la revolución rusa: una revolución que tenía por contenido la afirmación autónoma de la clase y que, por consiguiente, encontró —en la capacidad del trabajo de reivindicar la gestión de la sociedad y, por consiguiente, en aquello que constituía su propio poder en el seno del capital, adquirido durante la transición a la subsunción real— su límite, formalizado contra ella misma como contrarrevolución por los partidos surgidos de la Segunda Internacional, que demostraron ser más o menos aptos para hacerse cargo de ella, de acuerdo con su situación específica. Implacablemente, la revolución como afirmación de la clase se transforma en gestión del capital y desemboca en la contrarrevolución, proporcionándole su propio contenido. En *La revolución desconocida*, Voline narra una «escenita» a la que asistió. Los obreros de una fábrica habían comenzado a organizar por sí mismos sus intercambios con otras empresas, cuando aparece un representante del poder bolchevique que, bajo amenazas, les ordena interrumpir este tipo de actividad, de la que se encargará el Estado. Por supuesto, eso no se produjo sin enfrentamientos ni oposición, pero ¿cabe concebir un intercambio que no adopte una forma exterior a los compradores-vendedores que une entre sí?

La ausencia de implicación recíproca en la contradicción entre proletariado y capital nos da muy a menudo la impresión, a lo largo de la lectura de este texto, de habérnoslas con un proyecto comunista invariante pero sujeto a unas condiciones objetivas que, tras haber sido expulsadas por la puerta, tienden a volver a entrar por la ventana. De ahí la presentación del objetivismo o del determinismo económico como «errores» y

«desviaciones», y la incapacidad del texto para ir realmente más allá de una historia de las ideas. Por un lado, tenemos al proletariado, y por otro al capital. El segundo evoluciona, y el primero padece esa evolución como «composición de clase». Ahora bien, la evolución de estos términos no es comprendida como la historia de su relación. Están en contradicción, pero sólo se trata de una relación recíproca reflexiva, no de una totalidad que se particulariza. Así pues, la historia es entendida como una historia del capital, sometida a la constricción de la lucha obrera, pero no como la de la contradicción entre el proletariado y el capital. En tal caso, la revolución y el comunismo no pueden ser realmente historizados. No sirve de nada tratar de añadir a continuación un enfoque subjetivo, desde el punto de vista de la clase obrera. Se cambia de punto de vista, pero la problemática de la objetividad no se supera. Es lo que el texto vislumbra cuando trata sobre el *operaismo*, del cual no logra formular más que una crítica coyuntural.

Si se considera el problema central del objetivismo, su crítica empieza cuando se producen teóricamente la explotación y el descenso de la tasa de ganancia como contradicción entre el proletariado y el capital, del mismo modo que, en el desarrollo del capital, los conceptos centrales son los de explotación y acumulación. Mientras la revolución se presente como afirmación del proletariado (subsunción formal, primera fase de la subsunción real), no se puede concebir la contradicción del modo de producción capitalista como algo que remita a la implicación recíproca entre capital y proletariado, pues entonces la superación del capital no podría ser, *ipso facto*, sino superación del proletariado. Es así como la revolución, durante la subsunción formal del trabajo bajo el capital y la primera fase de la subsunción real, en tanto afirmación del proletariado, se convierte en un economismo; esta perspectiva le es intrínseca. Si la revolución es afirmación de la clase, es preciso que, al hacerla, el proletariado resuelva una contradicción del capitalismo de la que él no es uno de los términos, sino simplemente el ejecutor mejor situado, de manera que la superación de esa contradicción, lejos de suponer su propia desaparición, suponga su triunfo. La estrategia basada en la «subjetividad proletaria» no supera esta problemática.

Polo de la contradicción del modo de producción capitalista, el proletariado no puede sino coincidir en su existencia y en su práctica con el curso histórico de su contradicción con el capital en tanto explotación y tendencia al descenso de la tasa de beneficio. Ahí reside toda la importancia de la teoría de las crisis de Mattick que, debido a su objetivismo, no puede ser utilizada tal cual, pero que suscita su propia crítica desde este punto de vista. Por eso es fundamental sostener una teoría de la crisis basada en la tendencia a la caída de la tasa de ganancia. La ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia *no pide más que ser desobjetivada*, «desreificada» como dice el texto. Cuando en el texto leemos que «(El capital) crea una barrera a su crecimiento en el hecho de no producir más que para el mercado», aun cuando a continuación se escriba que «el capital revoluciona constantemente las relaciones de producción para permitir su expansión continua» y que «esta necesidad de transformar constantemente las relaciones sociales significa que el capital está obligado constantemente a enfrentarse a la clase obrera», que la cuestión concluya con «es posible que la crisis cree condiciones

en las que el proletariado acabe por oponer sus necesidades a las del capital» nos lleva a pensar que

- 1) la crisis se sitúa a nivel de los mercados
- 2) la estrategia del capital es el desarrollo de las fuerzas productivas
- 3) la determinación revolucionaria del proletariado es la defensa de sus intereses.

De un lado la crisis; del otro la lucha de clases; enfrentamiento de intereses divergentes que moldean el curso del capital, pero el curso del capital y la crisis no se conciben en sí mismos como lucha de clases.

El foco teórico del programatismo radica por completo, como lo presenta el texto en lo fundamental, en la separación efectuada entre la lucha de clases y el desarrollo del modo de producción capitalista. Pero la base de esta separación es la imposibilidad de que el proletariado sea él mismo —durante todo el período de la lucha de clases de la subsunción formal, y aún en la actualidad bajo determinadas formas— uno de los términos de la contradicción a superar; no es más que el polo sufriente y sólo desempeña el papel de sepulturero. El capitalismo no se concibe sino como un conjunto de condiciones que evolucionan hacia una situación óptima con respecto a una *naturaleza revolucionaria del proletariado* esencial e inmutable, incluso si históricamente ésta no llega a manifestarse. La crítica del programatismo empieza por la crítica de esta separación y culmina en la crítica del concepto de una *naturaleza revolucionaria* del proletariado definida de una vez por todas y modulada de acuerdo con las condiciones. El proletariado no es revolucionario más que a través de su situación en el seno de la contradicción que lo opone al capital; aquí no estamos definiendo una naturaleza, sino una relación y una historia. Mientras se postule un ser revolucionario del proletariado, será preciso que frente a este ser haya unas condiciones que sean unas condiciones objetivas. Mientras no se haya criticado esta concepción de una naturaleza revolucionaria del proletariado, no se habrá abandonado la problemática objetivista. Mientras esta crítica no se haya efectuado, será imposible superar este punto de vista, en el que reina una dicotomía entre luchas de clase y contradicciones económicas no vinculadas entre sí más que por relaciones de determinación recíproca.

El texto se ve confrontado con este problema cuando se trata de dar cuenta de los límites del *operaismo* y distinguirse de él. Declara que en la concepción *operaista* existe un límite, al considerar la lucha de clases como el enfrentamiento de dos estrategias, pero sin producir explícitamente la implicación recíproca entre las clases como definición de su contradicción. El *operaismo* no hace más que invertir el objetivismo sin superarlo. Añadir, como hace Negri, una vertiente subjetiva como la «autovalorización» obrera, no hace más que agregar una determinación adicional a la relación entre proletariado y capital, pero no cambia la concepción de dicha relación. Tenemos una suma de determinaciones y creemos haber abarcado así la totalidad de esa relación. Ahora bien, la relación no ha sido desobjetivada; sólo hemos añadido una determinación subjetiva frente a la objetividad. Aufheben reprocha a los *operaistas* que no conservasen lo suficientemente la objetividad de la reproducción del capital y se conformaran con declarar que «todo es lucha de clases». Al no lograr captar la objetividad y la economía como un momento necesario de la reproducción de la contradicción entre el capital y el proletariado, Aufheben concluye con una especie de posición mitigada: hay que

desobjetivar la contradicción entre el proletariado y el capital, pero reservándose un poco de objetividad, sobre todo para los períodos de contrarrevolución. El objetivismo sólo se supera desde el punto de vista del proletariado, pero se conserva como realidad del capitalismo. La crítica no constituye una deconstrucción de la objetividad y una reconstrucción de ésta como economía en tanto momento necesario de la relación entre las clases; sólo es lo mismo visto desde otra perspectiva. A este respecto, la cuestión del «carácter incompleto» de *El Capital* resulta especialmente vana. Lo que cabe juzgar acerca de la opinión de Marx sobre el salario en tanto lucha de clases en *Salario, precio y ganancia* o en el *Discurso sobre el libre cambio* no deja la menor duda acerca del hecho que la lucha «por» (e incluso «sobre» —Negri—) el salario, nunca engendrará otra cosa que el salario. En cuanto a la «pequeña circulación» como ámbito de dominio obrero, remite a ese «optimismo» de los *operaistas* evocado por el texto, que en este caso incluso cae en el campo político del reformismo. Paradójicamente, agregar un lado subjetivo, un «punto de vista obrero», no hace más que confirmar y reforzar el objetivismo que se ha renunciado a desmontar como tal, conformándose con agregarle un suplemento «activo».

De igual modo, en lo que se refiere a la comprensión de la acción de la clase capitalista, colea siempre la idea de que el mantenimiento y la reproducción de la relación social de explotación depende de otra clase de relaciones que las que ésta pone en práctica para reproducirse y presuponerse ella misma. En el transcurso de la crítica de *Radical Chains*, el texto ofrece el análisis siguiente: «La idea de un régimen perfecto de las necesidades bajo la ley del valor es un mito. La ley del valor y el capital siempre se han visto limitados, primero por las formas de la propiedad territorial y de la comunidad que los precedieron y luego por la lucha de clases que se desarrollaba en su interior. El capital se ve forzado a relacionarse con la clase obrera a través de otros medios que el salario, y el Estado es su forma necesaria de hacerlo. La Ley de Pobres expresó una estrategia de control de la clase obrera; la administración expresa otra. Una vez que consideramos la ley del valor como siempre constreñida, la idea de su suspensión parcial pierde su significado.» Y nosotros estaríamos tentados de añadir: es la idea misma de que el capital se relacione con la clase obrera a través de otros medios que el valor, el salario etc., la que pierde todo significado.

En efecto, si es exacto que «estar siempre limitada» forma parte de la definición, entonces el Estado, sus administraciones, su ejército y su policía son atributos del valor, del salario y de la explotación. Como dice el texto, no podemos conformarnos con quedarnos en la presentación más abstracta del valor al comienzo de *El Capital*; hay que considerarlo en su despliegue. A través del Estado, el capital no se relaciona con la clase obrera a través de otros medios que el salario, etc. Si se considera la autopresuposición del capital en su conjunto, la transformación del plusproducto en plusvalor y luego en capital adicional jamás está garantizada en función de las propias leyes del capital (es decir, descenso de la tasa de beneficio y compulsión a la explotación de la fuerza de trabajo). En este momento de la autopresuposición, la actividad de la clase capitalista consiste siempre en volver a situar al proletariado en condiciones de ser explotado (acción política, violencia, quiebras, despidos etc.). No hemos abandonado un análisis de la autopresuposición del capital *y* conservamos la relación entre el proletariado y la

clase capitalista como actividades específicas y contradictorias. El peligro residiría en autonomizar los polos de la contradicción del modo de producción capitalista constituidos por el proletariado y el capital en dos *estrategias*.

A nuestro juicio, el objetivismo está ligado a dos series de causas.

Una época de la lucha de clase que planteaba la revolución y el comunismo como afirmación del proletariado y por tanto excluía a éste del campo de las contradicciones del modo de producción; éste no hacía sino beneficiarse de unas contradicciones «económicas» de las que él mismo no era un término.

Una constante de la reproducción del capital que nosotros llamamos su autopresuposición y que hace que todos los términos de la reproducción de la sociedad vuelvan a encontrarse, al final de cada ciclo, del lado del capital en tanto condiciones «objetivadas» de la reproducción; ese es el fundamento de la realidad de la economía.

De esto se deduce que el concepto de objetivismo y su crítica no pueden servir de hilo conductor de un análisis de los problemas de la evolución de «la teoría». La gran ruptura de «la teoría» atraviesa el objetivismo y las teorías que toman en consideración su crítica. La línea de fractura y de discriminación en la evolución de la teoría se sitúa entre la lucha de clase que contiene la abolición del capital como afirmación del proletariado y la lucha de clase que contiene la abolición del capital por el proletariado como su propia abolición. Ese es el contenido mismo del paso de la subsunción formal a la subsunción real y de la historia de esta última.

Si no se parte de ahí, el resultado es que se tiene la impresión de que «la teoría» posee una historia. En ausencia de esa crítica histórica que dice por qué la revolución es *en ese momento concreto* determinista, economicista, objetivista, la crítica interna, de la que al texto le cuesta mucho deshacerse, adolecerá de considerar el objetivismo como un mero «error» teórico o una «desviación», o de que incluso está determinado por unas condiciones «objetivas».

«Como señaló Pannekoek, el declive real del capitalismo es la auto-emancipación de la clase obrera»: así concluye el precioso barrido crítico efectuado en el texto. No obstante, aquí nos encontramos en el punto de partida del problema esencial: ¿cuál es la contradicción entre el proletariado y el capital, en tanto época del modo de producción capitalista, que sea portadora de la producción del comunismo? No se trata, como muy bien dice el texto, de definir «el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas incompatible con las relaciones de producción capitalistas», sino de definir históricamente el contenido y la estructura de una contradicción entre las clases. Este no era, es cierto, el tema del texto, pero su lectura nos dio esperanzas de que fuese el tema de su conclusión. Nos quedamos un poco con las ganas al leer «en ocasiones, el desarrollo del capital y el de la clase llegan a un punto de posible ruptura. Los revolucionarios y la clase prueban suerte; si la ola no logra ir más allá del capital, el capital continúa a un nivel superior».

Toda la historia de este modo de producción tiene que ser escrita como la historia de la contradicción entre las clases. No podemos quedarnos con la visión que presenta este texto, de una sucesión de asaltos revolucionarios que de momento nunca son victoriosos y siempre son derrotados, y comprender su derrota o bien debido a unas condiciones

externas (objetivas) o debido a la fuerza de una contrarrevolución no vinculada a la naturaleza histórica de la contradicción entre el proletariado y el capital, y que se da tanto en la revolución como en la contrarrevolución. Esta visión remite inexorablemente a una *esencia* revolucionaria del proletariado, idéntica a sí misma en sus sucesivos asaltos. La «relación orgánica entre la lucha de clases y el desarrollo del capital», que constituye la base misma de todo el texto, no es la relación de determinación recíproca de dos elementos definidos en sí mismos con antelación, sino una relación orgánica y, por tanto, la particularización de una totalidad concreta que sólo existe dentro de sus partes y en su exigencia mutua. La contradicción entre el proletariado y el capital *es* el desarrollo del capital.

Théorie Communiste

(trad. F. Corriente)